

---

## LA PATERNIDAD

### [ CONDENSACIÓN Y FRAGMENTOS (\*) ]

I. El amor y la paternidad.– La paternidad pronto entra en competencia con el influjo de la sociedad en el hijo.– Mutación de la paternidad.– Los límites de la protección paterna.– Los límites de los consejos paternos.– La colaboración entre el padre y el hijo ayuda a la evolución de la paternidad.– La paternidad de autoridad y la paternidad de llamada.– La paternidad de llamada y el ser del padre.– La paternidad de llamada sobrevive al padre.

II. Paternidad y filiación.– El camino hacia la paternidad de llamada.– La paternidad de llamada exige la fe del padre en el hijo.

III. La fe del padre en el hijo.– Necesidad de la fe del padre en el hijo.– La fe en el hijo está en el origen de la dependencia del padre frente a su hijo y de la fecundidad espiritual propia de la paternidad.– Acción y pasión, consecuencias de la fe conyugal y de la fe paterna.– La paternidad, como el amor, conduce al descubrimiento de la carencia de ser.

1. En opinión de Légaut, el hombre prosigue, con la paternidad, la toma de conciencia de su carencia de ser, de lo que él debería ser y no es. Sin embargo, la paternidad tiene una exigencias que llevan más lejos que el recorrido que se tensa entre el amor naciente y el amor adulto. El amor humano siempre tiene que ver con una cierta posesión y con un estar juntos. No así la paternidad, que se sitúa únicamente en el plano del ser del padre y del hijo cuando éste es adulto, se emancipa, forma una pareja y tiene sus propios hijos.

Las afinidades entre padre e hijo son, sin embargo, más sustanciales que las que están en el origen del amor conyugal. El amor requiere complementariedades importantes al comienzo, pero no

---

(\*) En este capítulo 3 de *El hombre en busca de su humanidad*, hemos optado por condensar el texto mismo de Légaut y, en alguna ocasión, ofrecer literalmente algunos párrafos, con algunas supresiones, muchas veces extensas.

---

arranca de tan adentro como lo que se comparte a través de la herencia, que sorprende incluso a los padres, con tantos parecidos, no sólo con ellos mismos, como captan en los hijos.

No obstante, el hijo recibe muchas otras influencias ajenas, e incluso hostiles algunas, a lo recibido a través de los padres. Esta rivalidad puede disimular, durante mucho tiempo esta herencia, que, sin embargo, reaparecerá si el hijo, ya adulto, toma conciencia de su humanidad. La paternidad pronto entra en competencia con el influjo de la *sociedad* en el hijo. La paternidad, que al principio se ejerce mediante la cercanía y el mandato, pronto tiene que cambiar a medida que el padre descubre su impotencia para proteger, ayudar y orientar a su hijo por vía de autoridad. La *sociedad actual* no sostiene la autoridad de los padres más allá de reconocer jurídicamente su *función*; función que, en el mejor de los casos, defiende como parte de ella misma; sobre todo en función de la primerísima educación de sus miembros, en la que la familia aún se considera insustituible. A partir de la adolescencia, hay, sin embargo, otras sociedades que, en buena medida, son más importantes para los hijos que su familia.

El hombre, para proseguir su labor de padre ante el creciente influjo de la sociedad en el hijo, debe descubrir la *naturaleza suprasocial* de su paternidad. No basta con cambiar de métodos sino que debe cambiar ella misma. Esta *mutación* debe iniciarse pronto. Sobre todo cuando el hijo adolescente, que trata de afirmarse para encontrarse, cree que debe diferenciarse de la familia y, para ello, se identifica con los elementos de su generación y de su medio; en parte porque aún no es suficientemente dueño de su riqueza personal.

Cuando el padre ha vivido consciente y vigorosamente, sabe, gracias a los recuerdos de su juventud repensados en su madurez, cuán compleja y ambigua es la vida. Sabe que el hombre debe recorrer solo su camino, no sólo en su soledad esencial sino también en un relativo aislamiento. Sabe que sin correr los riesgos de la libertad, no podría llegar a ser él mismo. El padre es muy consciente, entonces, de los *límites* de su *protección* y del alcance de sus *consejos*.

---

A pesar del deber de proteger a su hijo (...), del deseo de proporcionarle (...) unas condiciones de vida menos arriesgadas y más armoniosas que las que en su día él conoció, el padre comprende que, progresivamente, tiene que dejar de intervenir con autoridad si no es en caso de absoluta necesidad. (...) No sin angustia presente que hay experiencias que su hijo, ya autónomo, debe realizar solo; que hay habilidades que debe adquirir por él mismo ante el impacto (...) de encuentros y de acontecimientos (...). En horas así, lejos de su hijo aunque esté a su lado (...) el padre es paciencia y espera. Es pura pasión.

(...) Es incapaz de indicar a su hijo, ya mayor, en el caso de que éste acepte escucharle (...), cómo juzgar a su generación para integrarse en ella y a la vez criticarla; y también cómo conducirse con respecto a las distintas corrientes de opinión y a las modas de la época para actuar sin dejarse esclavizar (...).

En el mejor de los casos, una cierta *sabiduría* ayuda al hombre a encontrar su *lugar*, de nuevo, junto al hijo, en esta etapa distinta. Por su parte, el hijo lanza al padre llamadas indirectas, que él mismo ignora pero que su padre capta. Así, el hijo ayuda a su padre a serlo. Así, la paternidad se ejerce cada vez menos como la autoridad de un jefe, o en nombre de una experiencia indiscutible, y se convierte progresivamente en llamada. Sólo así la paternidad se ahonda, en lugar de declinar poco a poco hasta desaparecer. El camino del padre transita *de la paternidad de autoridad a la paternidad de autoridad*.

*La paternidad de autoridad se ejerce principalmente en el ámbito de los bienes ordinarios.* Por la superioridad (...) del adulto en este orden de cosas, el hijo depende totalmente de su padre; no se pertenece a sí mismo [sino] al padre, y es así como su padre lo ama al comienzo. El padre quiere para el hijo el bien que él conoció (...). También suele desear que haga lo que él no pudo realizar pues así espera encontrar una compensación a los fracasos y limitaciones que la vida le impuso. La paternidad de autoridad implica la posesión del hijo de la misma forma que el amor naciente incluye la posesión del ser amado (...). La paternidad de autoridad se nutre de esta posesión y por eso se vacía de contenido cuando el hijo se emancipa.

---

*La paternidad de llamada, en cambio, está libre de todo interés propio. Como el amor adulto, la paternidad de llamada obra más eficazmente en la medida en que está presente sin hacerse presente. Sólo extrae su realidad del ser mismo del padre. Se ejerce gracias a la afinidad de alma a alma y a la secreta imantación que vinculan al padre y al hijo de forma única y casi substancial en medio de la radical independencia de sus vidas. Esta paternidad exige del padre la renuncia total de sí mismo (...) el ofrecimiento, sin reservas y sin retorno de lo que él es. [Por el contrario] si el padre se obstina en que la fuente principal de su autoridad continúa siendo el poder, a la larga el resultado será la parálisis de ambos (...).*

Si el padre se obstina en permanecer en el plano del tener y no del ser, de la autoridad y el mandato y no de la llamada, nunca llega a *ser fermento*. Y es fundamental que lo sea. Sólo las palabras que surgen del recogimiento y de la soledad del padre alcanzan, tarde o temprano, la soledad del hijo. Éste, en su soledad, comprende que el verdadero contenido de aquellas palabras no está en el sentido objetivo de los términos sino en su resonancia en él, cuya intelección es singular suya pues él es el hijo.

El padre puede morir, pero, si ha seguido siendo verdaderamente padre hasta el fin, no desaparece del horizonte de su hijo. El hijo conserva un recuerdo vivo de él gracias a una íntima comprensión, ahondada por la luz de su propia vida. En realidad, el ser del padre suele mostrarse mejor al hijo *después de la muerte*. Su presencia física disimulaba su ser auténtico. La autoridad que ejercía, por discreta que fuera, todavía estaba demasiado lastrada con el peso de los recuerdos y la inercia de las costumbres (...) [y] ocultaba (...) el signo mudo que el padre dirigía al hijo (...); signo que (...) permanece más allá de la muerte.

2. El camino que lleva de la paternidad de autoridad a la paternidad de llamada es *más desconocido* que el que conduce del amor naciente al amor adulto. El instinto ayuda poco y la sociedad lo ignora. *No obstante, la sucesión de las generaciones supone una ayuda*. El descubrimiento de los lazos entre el hombre adulto y su padre (si éste ha sido suficien-

---

temente padre hasta el final) facilita el descubrimiento de la propia paternidad. En efecto, la conciencia de la propia *filiación* ayuda a la conciencia del camino a recorrer en la paternidad. *Cuando la filiación se comprende que ayuda a avanzar en la propia autonomía, el padre sabe pasar a ser llamada para su hijo.* La inteligencia interior de la paternidad y de la filiación crecen a la vez y ambas se prestan mutuo apoyo en la sucesión de las generaciones.

También el mayor (...) está particularmente presente a su hijo cuando éste, a su vez, se esfuerza por ser padre junto al suyo. Ayudándolo a descubrir la paternidad de llamada (...) prosigue su *misión* junto a él (...).

*La vida cotidiana* supone asimismo una ayuda porque brinda al padre numerosas oportunidades de presentir el camino que debe seguir para aproximarse a la paternidad de llamada. Bastan una reflexión y un recogimiento suficientes.

*Ante la cuna del recién nacido*, el padre, visitado por el silencio vivo que emana de ella y que le arranca de la habitual dispersión de su espíritu, se ve singularmente llevado a escrutar el oscuro porvenir de ese pequeño ser adormecido que le pertenece mucho más de lo que puede comprender en ese momento (...). La contemplación del hijo fortalece en el padre la captación íntima de su soledad personal [y de su] diferencia irreductible (...).

*Durante la primera infancia*, esta distancia puede que se oculte a sus ojos de tanto como su autoridad es directa y prepotente, y de tanto como la obediencia del hijo, al recibir una orden suya, responde de forma inmediata y aún impersonal. Sin embargo, (...) no hay padre que pueda adivinar qué pasa en la mente de su niño, detrás de esos ojos que miran y de esos oídos que escuchan (...).

(...) (...) *El día de la boda de su hijo*, en medio de la alegría general, ante lo desconocido del porvenir, ¿qué padre no mira con un recogimiento en que se mezclan la ansiedad y la esperanza a los dos jóvenes que se ignoran totalmente a pesar de estar convencidos de conocerse? (...) *Confianto* espontáneamente en sí mismos, ebrios de juventud y de libertad, ¿cómo remontarán las dificultades del mañana-

---

na? (...) La reserva entre padre e hijo se acrecienta debido a la misteriosa alquimia del amor que, al menos por un tiempo, transforma el aspecto del hombre y parece otorgarle otra naturaleza.

3. La discreción y la reserva que se acrecientan con la vida apelan no a una separación, ni tampoco a un final de la paternidad, sino a descubrirla *en el plano de la fe*, que se preparaba ya desde el comienzo, y que ahora se hace más manifiesta.

*La fe del padre es a la paternidad lo que la fe conyugal es al amor (...).* Sin embargo, mientras la segunda nace del encuentro entre el hombre y la mujer en el nivel de su dinamismo vital, la primera surge de la fe en sí mismo del padre dado que el hijo es parte integrante de su existencia. No puede ignorarlo en cuanto alcanza una humanidad suficiente. El padre cree en el hijo porque el hijo es suyo. Esta fe en el hijo no es una consecuencia del amor propio paterno. Existe antes de que el hijo se haya desarrollado lo suficiente como para justificar la confianza. Trasciende esa confianza. Aunque las apariencias sean contrarias, el hombre que conserva esta fe en el hijo sigue siendo padre. A veces, el porvenir le brinda la ocasión de constatar que el hijo ha seguido siendo su hijo a través de todos los avatares de una vida difícil.

(...) (...) el hijo es tan del padre y lo prolonga tanto que el padre se conoce a través de reconocerse en él. A veces, el padre se descubre en su hijo cuando éste vive estados interiores que él conoció en el pasado y que había olvidado. A través del hijo se recibe a sí mismo como no sería capaz de hacerlo por sus propios medios. Se alcanza en su profundidad. Da significación a su existencia. De esta forma, la fe del padre en sí mismo y la que tiene en el hijo resultan inseparablemente solidarias (...).

*El padre necesita esta fe lo mismo que el esposo necesita la fe conyugal.* Si por desgracia el padre renegara de ella, algo esencial en él se habría roto irremisiblemente. En rigor, todavía podría ejercer la función paterna en un plano material. Pero, en verdad, (...) habría renunciado a su paternidad al rechazar unas exigencias íntimas que ninguna ley le puede imponer pero de las que nada le puede dispensar. (...) Se per-

---

dería a sí mismo. (...) le estaría cerrado el camino del ser lo mismo que lo está para el hombre que renuncia a la fe conyugal. Sólo le quedarían satisfacciones de orden sentimental o intelectual (...).

*El hijo padecerá los efectos* del desamparo espiritual en que lo dejó el abandono real, si no visible, de su padre. (...) ¡Singular solidaridad del hijo con su padre en lo mejor y en lo peor! (...) El hijo sólo puede escapar de lo peor por una actividad espiritual propia que será raro que consiga la soltura de los comportamientos naturales.

La fe en el hijo, con el paso del tiempo, está en el origen tanto de la *dependencia* del padre frente a él como de su *fecundidad espiritual*. La fe del padre en el hijo ayuda, subterráneamente, con el tiempo, a la fe del hijo en su padre. A partir del momento en que todo empuja a éste a impugnar la autoridad paterna, ella, tarde o temprano, le hará descubrir lo que de fondo era llamada.

Cuando el padre y el hijo se unen en la fe (y para ello no es necesario que se lo digan), esta fe posibilita una presencia mutua que actúa en sus destinos respectivos como no lo podría hacer ninguna otra influencia o autoridad (...). Ninguna presencia podría ser más cercana, connatural y conforme a lo que el hijo desea en lo profundo de su ser. (...) No hay vida más orientada de forma interior, ni más íntimamente solicitada, que la de un hijo animado por una presencia así.

Esta presencia, que es pura llamada, suscita una respuesta virgen del hijo, una palabra nueva, de importancia capital para éste, que la arranca de sí mismo y se la dice a sí mismo. Su padre no podría decírsela ni ayudarle expresamente a concienciarla sin hacer que perdiera su gracia. Es fruto de la libertad del hijo aun siendo impensable sin el ser del padre.

\* \* \*

[i] Aquí termina propiamente la exposición de Légaut sobre el devenir entrelazado de la paternidad y la fe; exposición que, junto con la del capítulo anterior sobre el amor humano, deja claro que la

---

fe es otra cosa que la creencia en unas creencias determinadas (o que la adhesión a un sistema ideológico o a una ley); además de dejar claro, también, que la fe *no es la confianza* en sí mismo o en el otro.

La fe es *afirmación* de uno mismo y del otro sin otra luz que el acto mismo de afirmar que «el hombre es misterio» y, como consecuencia, que nada ni nadie (y menos uno mismo) puede pretender conocerlo y juzgarlo exhaustivamente.

[ii] No obstante el texto de Légaut tiene aún dos apartados finales. En ellos Légaut *inserta* el tema de la paternidad *en la marcha* de su obra (el hombre en busca de su humanidad y en camino de su propio «cumplimiento»). Pues bien, Légaut hace esta *inserción mediante una gradación*. La paternidad es un *paso adelante* respecto del amor; arraigada en el instinto como él, conduce al hombre a una mayor lucidez sobre su propia carencia de ser; y a una mayor desposesión de sí mismo también; sin embargo, le lleva además a entrever, de otra forma que el amor humano, una realidad en él que trasciende y que es de otro orden. Légaut, así, apunta a su capítulo siguiente.

Amar es fuente de alegrías únicas pero también de pruebas sumamente dolorosas para el esposo y para el padre. (...) La paternidad cumplida es, como el amor, una estrella en el firmamento de los hombres. Pero es *más raro* que se capte y se siga esta estrella que la del amor. El amor naciente afirma con poder lo que debería ser el amor adulto. En cambio, la paternidad del comienzo sólo entrega espontáneamente, al corazón del hombre, la alegría de un acontecimiento dichoso. Cuando los esposos se resignan al fracaso del amor, guardan al respecto una discreción extrema. Normalmente, guardar las apariencias es el (...) último punto en que se pone de acuerdo la pareja desunida si continúa la coexistencia. *En cambio, no sucede lo mismo* con el fracaso de la paternidad (...).

La distancia que separa de hecho al padre de la paternidad cumplida es mucho *más difícil* de descubrir e imposible de salvar que la que separa al esposo del amor pleno. La distancia entre el padre la paternidad de llamada es una *perfecta desconocida* para el instinto, más que la distancia entre el esposo y amor pleno. Además, *es extraña* a la sociedad y

---

a la ley, que sólo imponen lo que es posible en general, sin exigir nada más. *En cambio*, [para] el hombre que ha alcanzado una interioridad y lucidez suficientes (...) no hay ninguna experiencia en la vida que [le] pueda hacer sentir mejor que la paternidad la impotencia fundamental de su condición y, simultáneamente, aquello hacia lo que oscu- ramente tiende y que silenciosamente lo llama (...).

[iii] Por último, en estos dos apartados, destaca un párrafo que es como un alto en el camino y una síntesis.

*La más alta actividad que un hombre puede realizar en la tierra consiste en el trabajo de la fe.* La fe del esposo en la esposa, la fe del padre en su hijo, ambas tejidas de duración incluso más allá del tiempo, ambas amasadas de consistencia en medio de lo que pasa, tienen que rea- lizar su obra, profundamente una, a través de múltiples contingen- cias, independientes todas ellas de su iniciativa. Su eficacia provie- ne del ser mismo del que emanan. *Por la fe*, el hombre se asoma en secreto hacia el otro. Por la fe lo requiere en secreto. Por la fe, lo alcanza en su soledad esencial. Por la fe, él es plegaria silenciosa que cualquier fórmula traicionaría. Por la fe, llega hasta a pedir ayuda y a «convertirse en mendigo» y suscitar así, en el otro, lo que ningún don podría dar. Por la fe, es sufrimiento, pero no cruel, pues se desa- rrolla en calma, según su orden, feliz incluso, no sólo por lo que espera, sino porque la fe irradia alegría cuando es fecunda. El hom- bre descubre así *la plenitud del movimiento del ser que se comunica.*